

Esa noche perdió completamente la memoria...

de todo lo relacionado con su exmarido.

Era rápido e indoloro, decían.

Cómo para no serlo, pensó ella, con esos precios ya les valía... Se sorprendió a sí misma al pensar algo así en un momento como ese. Hacía mucho tiempo que no veía sentido a las cosas.

Un hombre de mediana edad, con una bata blanca y unas gafas cuadradas, de unos cuarenta y tantos años, se le acercó con una sonrisa en la cara, sentándose enfrente de ella, justo en el otro lado del holograma que les separaba.

—¿Todo bien, Lidia? ¿Está lista? —preguntó, tranquilo.

Se limitó a asentir, un tanto nerviosa e impaciente. Mejor dicho, intentó asentir con la cabeza, pues su cuello estaba conectado a una sonda y el resto de su cuerpo estaba tumbado boca arriba. Su interlocutor y aparente cirujano captó su respuesta de todos modos.

—Muy bien. Como sabe, tengo que hacerle un par de preguntas antes de proceder para dejar constancia de esta operación, la cual será recogida por una pantalla que la estará grabando.

¿Nombre del sujeto?

—Pedro Henares Lampur.

—¿Relación con usted?

—Marido. Exmarido —puntualizó enseguida.

—¿Cuándo y cómo le conoció?

Recordaba perfectamente la canción que sonaba aquella noche. — En un concierto musical de José...

—¿José Feliciano?

Ella le miró sorprendida.

—Sí, así es.

—¿Cómo...?

—Tuve una paciente, un poco más joven que usted, que le encanta la neobalada. Pero no nos distraigamos. ¿Motivo?

Tensó los brazos, incómoda. Qué estúpida soy, es evidente que me lo iban a preguntar.

—Infidelidad.

Sin quererlo, desvió su mirada.

—¿Cómo se enteró?

—¿Es totalmente necesario que responda a esa pregunta? —replicó, conteniendo a duras penas la rabia.

Ya lo había explicado cientos de veces en distintos sitios y en diferentes contextos. En realidad estaba cabreada consigo misma. ¿Qué le importaba contarlo una última vez?

Él levantó la vista con aire indescifrable. Había vivido esta situación demasiadas veces.

—Mire, este interrogatorio no tiene otra finalidad más que la de evidenciar qué la ha impulsado a extinguir voluntariamente una parte de sus recuerdos. Sí, ha oído bien, extinguir.

Nuestra tecnología permite introducir genes que codifican proteínas sensibles a la luz

directamente desde su cerebelo. Desde el extremo de su espina dorsal viajan hasta el cerebro, actuando como interruptores, permitiéndonos apagar a gran escala los circuitos de memoria que albergan sus neuronas. Estas redes, engramas, se calibran con el reflejo de la luz que tiene justo detrás de su cabeza. Traducimos y filtramos sus recuerdos, identificamos los deseados y quedan fulminados, achicharrados si me permite la expresión.

Jugueteó con sus gafas y se las volvió a poner.

—Por eso es importante que no haya ninguna duda, ninguna vaguedad respecto a sus intenciones al “quitarse unos recuerditos” de cara a imprevistos futuros.

La paciente, que había estado absorta durante su explicación, volvió a la carga.

—¿Qué clase de imprevistos futuros?

Silencio. El cirujano carraspeó. Ahora él era el incómodo.

—Bueno, se han dado casos de redescubrimiento. Ha habido pacientes que tras la operación han logrado vivir años, décadas de nuevo con sus vidas sin ninguna sombra del pasado que han deseado olvidar. El problema es, en realidad, un error humano. Dígame... ¿cuándo fue la última vez que habló con su entorno social más próximo, con su padre o su mejor amigo?

Hizo memoria.

—Hace un par de días. ¿Pero qué tiene eso que ver con...?

—¡Todo! —exclamó, alzando los brazos en un gesto de rechazo, difuminando el holograma con el gesto—. Son sus amigos, parientes o incluso vecinos quienes aún recuerdan. Un comentario inocente, una broma privada, miradas de interés inexplicable, pueden ser

suficientes para alimentar su curiosidad y cimentar una certeza, y con ello redescubrir eventualmente que alguna vez estuvieron aquí.

Meneó su cabeza. Demasiados dolores de cabeza le venían a la memoria con solo pensarlo.

—Y luego llegan los arrepentimientos, disgustos, rupturas de amistades de toda una vida y, lo más importante, pleitos.

Sus dedos se menearon nerviosos, casi locos ante la mera idea de perder dinero.

—Por eso, recientemente aplicamos el servicio de curso rápido de reincorporación biográfica a su círculo más inmediato, y esta grabación —señaló la pantalla— deja bien clarito que esta es su voluntad. Por eso debo insistir —inspiró hondo, recuperando su tono profesional—: ¿cómo se enteró?

Tragó saliva.

—Está bien. Le vi.

Él la miró rápidamente.

—¿Quiere decir...?

—Sí, ya sabe lo que quiero decir. Por eso estoy aquí... Solo quiero seguir adelante con mi vida...

Apretó sus puños. Nunca perdonaría a ese hijo de puta. Nunca podría superar semejante traición. Por eso, en cuanto puso fin de manera oficial a su matrimonio, fue de inmediato a la clínica Reminiscencia Eterna. Ellos podrían darle la paz que necesitaba.

Recordó cómo intentó poner fin a todo unas semanas atrás, el vaso con ricino devolviéndole su reflejo ojeroso y demacrado.

Me sobrepasa, no aguanto más —le decía una vocecita desconsolada, muy diferente a la de la rabia intensa e incontrolable—. Me niego a seguir muriendo poco a poco de esta manera.

El hombre asintió levemente, estudiando con frío interés su ensimismamiento.

—Por supuesto que sí. Creo que esto debería ser suficiente.

Con un gesto, apagó el holograma, se levantó de su silla y se dirigió a una sala contigua.

Estaba en penumbra, pero no encendió la luz. Se acercó a un micrófono que conectaba con el box 3, donde estaba su paciente, y comunicó:

—Estamos a punto de comenzar. Va a repetir conmigo una cuenta atrás, ¿entendido?

La mujer, nerviosa, levantó el dedo pulgar dando a entender que le había escuchado.

—Muy bien.

Apretó un botón. El foco de luz que estaba en el extremo de la sala empezó a encenderse. Las proteínas salieron disparadas del tanque hacia la sonda. En nada llegarán a su destino, pensó entre la oscuridad con satisfacción.

—Bien. Vamos a comenzar. 5.

La anestesia incandescente envolvió el box 3.

—4.

Lidia notó cómo sus párpados se volvían muy pesados.

—3.

Estaba a las puertas de olvidarlo para siempre. Sonrió. Al fin podrá recuperar la ilusión, volver a creer en el amor.

—2.

Miró al señor con bata y gafas cuadradas a través del cristal que dividía ambas salas. De repente algo hizo clic en su cerebro.

Lidia...

—1.

—¿Cómo sabía su nombre?... él no podía...

El hombre le sonrió de manera socarrona, despidiéndose cómicamente con su mano derecha, como si estuviese en un puerto imaginario.

Y entonces, llegó la oscuridad.

---

Había vuelto a su despacho. Allí le esperaba sentada su secretaria, una pelirroja entrada en años.

—¿Ha ido todo bien, señor?

—Una operación impecable, como siempre, como siempre —contestó con falsa modestia.

—Me alegro —le sonrió—. Sabe, siempre tengo un miedo espantoso a que algún día nos reconozca. Cada vez que vuelve me resulta más complicado hacer como que no la conozco.

Se sentó en su sillón de cuero, enfocando la vista en una serie de seis carpetas abiertas.

—¿Qué ha sido esta vez, por cierto?

—Infidelidad —gruñó, abriendo en un cajón un nuevo fichero.

—Vaya por Dios, ¿son solo siete? —dijo ella con una vocecilla incordiosamente aguda.

—Siete. —Sonrió—. Empieza a abaratar costes. Cada vez resulta más fácil cobrar por una nueva biografía para amigos y familia...

—Y que lo diga —se apresuró a darle la razón con un tono de falsete—. ¿Se acuerda de lo de su hijo? ¡Qué desgraciado! Morir antes de nacer... ¡Si es que son ganas de deprimir a lo tonto!

—Pues sí —dijo él, cerrando todas las carpetas, guardándolas en su archivo metatipo en forma de caja debajo de su mesa—. Por cierto, ya sabe que si al final la empresa de su sobrino no sale adelante, puede contar con nuestros servicios para ahorrarle un disgusto.

—Oh, por supuesto, lo tendré en cuenta —concedió—. Ni se me ocurriría dejar a mi pobre muchacho desolado por el fracaso. ¿Qué sacaría de eso, no es cierto? Ni que estuviéramos locos.